

Joaquín Berges

GANAS DE VIVIR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOAQUÍN BERGES
GANAS DE VIVIR

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2023

© Joaquín Berges, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-277-9
Depósito legal: B. 4.393-2023
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Primer asalto	15
Segundo asalto	83
Tercer asalto	189
Cuarto asalto	299

Se conocieron en la Facultad de Economía. Tristán Llorente se fijó en Gracia Pardo porque se parecía a la actriz Maureen O'Sullivan, a quien yo particularmente siempre había confundido con Maureen O'Hara, sin duda porque ambas compartían su nombre de pila, su profesión y su origen irlandés. La O'Sullivan se hizo famosa por su papel de Jane Porter en las películas de Tarzán. Era una mujer de un atractivo intemporal, si puede llamarse así. Hay personas que solo resultan atractivas si se consideran los patrones estéticos de su tiempo, como si poseyeran una belleza de contexto. Otras, en cambio, resultan atractivas en todo momento y sus retratos parecen actuales, recién hechos, aunque se trate de fotografías en blanco y negro de hace muchos años.

Así me lo explicó el propio Tristán la primera vez que nos vimos.

—Maureen O'Sullivan suele posar ante las cámaras con el rostro amable y plácido, los pómulos y los ojos brillantes, el cabello derramándose en cascada sobre los hombros y una figura escultural de largas piernas, delgadas pero torneadas con sublime simetría. Es la mezcla perfecta de candidez y erotismo.

Según él, Gracia Pardo era igual de perfecta, estéticamente hablando. La primera vez que la vio, caminaba por los pa-

sillos de la facultad con los libros sujetos al pecho, abrazándolos con intención amorosa, como Jane abrazaba a Tarzán cuando se desplazaban por las lianas de la selva. No tuvo más remedio que seguirla hasta el aula de Econometría, donde ella tomó asiento en la cuarta fila, junto a su grupo de amigas.

—No le quité ojo en todo el curso —confesó Tristán—. Yo me sentaba en la fila de atrás para poder admirar las crestas de su cabello y los arabescos que formaban sus hebras más superficiales. También admiraba la esbeltez de su cuello y, cuando se ponía de pie, el embudo curvilíneo de su cintura y la redondez de sus glúteos. Me hice un adicto de su simetría corporal. Dos brazos, dos piernas, dos pechos, dos ojos, una nariz, sí, y también unos labios, pero equiláteros y dispuestos en el eje central de su cuerpo para no romper el patrón geométrico.

Hizo una pausa para recrearse en la imagen.

—Una vez leí que la base química sobre la que se asienta la vida es esencialmente asimétrica —añadió con impecable petulancia—, y está compuesta, como sin duda usted sabe, por moléculas quirales cuya imagen especular no es superponible. Solo lo asimétrico pertenece al universo de la biología y, sin embargo, allí estaba ella, un ser humano perfectamente simétrico y lleno de vida, para refutarlo.

Asentí prometiéndome a mí mismo buscar en internet qué demonios eran esas moléculas, de las que no había oído hablar en toda mi vida.

—Cuando estoy abatido, nervioso o a punto de perder la compostura, observo el cuerpo de Gracia.

Y, si ella no se encontraba a su lado, Tristán miraba una fotografía en el móvil o cerraba los ojos y se la imaginaba tumbada en la cama en ropa interior o en camisón. Y esa visión sensual y atractiva le calmaba al instante. Igual que si hubiera tomado un ansiolítico de efecto inmediato, recupe-

raba el pulso y el temple y era capaz de salir airoso de cualquier atolladero.

—Cuando la miro, me siento tan lleno de vida como Tarzán de la selva —dijo a modo de conclusión.

Tristán Llorente estudió Economía con la intención de hacerse cargo del negocio familiar, igual que había hecho su padre cuando de joven estudió lo que entonces se conocía como Maestría Industrial. Los Llorente tenían una de las funerarias más grandes de Zaragoza, completamente actualizada y adaptada a los nuevos tiempos, como solían decir ellos.

—Podemos hacer el funeral de toda la vida, con o sin servicio religioso, con sepultura o incineración, o uno más laico, al estilo anglosajón, con fotos del finado, vídeos, música y un catering en el que no faltan las bebidas espirituosas, que, precisamente en esos momentos de zozobra, son más oportunas que nunca.

Cosme Llorente, el abuelo de Tristán, fundó la empresa en los años cuarenta del siglo xx, aprovechando que había heredado un amplio local en la avenida América de Zaragoza, muy cerca del cementerio de Torrero, en la parte más alta de la ciudad. Enseguida pensó en dedicarlo a alguna actividad relacionada con flores, o con lápidas o con ataúdes, pero ya había negocios parecidos a lo largo de la avenida, de modo que se decantó por ofrecer un servicio funerario completo, para lo cual tuvo que adquirir uno de los primeros automóviles fúnebres que se vieron en la ciudad, un Buick negro imponente con neumáticos de dos colores y portón trasero, que conducía con la misma arrogancia que si llevara un deportivo.

Inscribió la empresa en el registro mercantil con el nombre de Funeraria Llorente, con la duda razonable de si su apellido podía ser o no considerado un adjetivo calificativo. En el local disponía de una bodega para guardar los cadáveres y un par de salitas para los velatorios. Todas las noches, antes de cerrar el local y marcharse a casa, se paseaba por la bodega en silencio, atento al sonido de alguna campanilla. Y eso era así porque el abuelo Cosme nunca introdujo un cadáver en su ataúd sin colocar una campanilla de alpaca a la altura de la mano dominante del muerto.

—Eran otros tiempos —explicaba Matías Llorente, el padre de Tristán—. Ahora la muerte se certifica por medios técnicos, pero en aquellos años todo se hacía de un modo artesanal, hasta comprobar si un semejante había dejado de vivir.

Según parece, el abuelo Cosme siempre hacía la misma pregunta a los familiares.

—¿El finado era diestro o zurdo?

Los familiares respondían después de dudar unos segundos y siempre desde un asombro mal disimulado.

—¿Y eso qué importa? —decían o insinuaban con los hombros.

—Importa, importa —respondía el abuelo Cosme, pensando en qué lado debía colocar la campanilla—. Y mucho.

Gracia Pardo vivía con su madre y su hermano en un piso amplio y luminoso de Duquesa Villahermosa, en el límite meridional del barrio de Las Delicias de Zaragoza, muy cerca de la plaza de Roma. Gracia decidió matricularse en la Facultad de Economía por eliminación, después de haber con-

siderado otras muchas opciones, de la misma forma que tomaría muchas decisiones en su vida, según me confesó una vez. Pese a ser buena estudiante, le faltaba vocación para decantarse por una rama concreta del conocimiento. No obstante, había decidido ir a la universidad, en parte animada por su grupo de amigas, la mitad de las cuales eligieron estudios de Economía o Derecho. Y quizá también para compensar que sus padres no hubieran podido acceder a unos estudios superiores. Y su hermano menos.

La madre de Gracia regentaba un salón de peluquería en el paseo de Calanda, a la altura de la calle Domingo Ram, aunque cada vez estaba más cerca el momento de traspasarlo para jubilarse y dedicarse a pasear con su perrita *Fiona*, a tomar el vermú en el ambigú del parque de Las Delicias y a cuidar de su hijo Lucas, o al menos así resumía ella sus planes de futuro antes de conocer a los Llorente.

El padre de Gracia había trabajado muchos años como capataz en una explotación agrícola de La Almunia de Doña Godina especializada en la producción de fruta de hueso, principalmente cerezas precoces, melocotones y nectarinas. Falleció mucho antes de que Gracia comenzara sus estudios universitarios, tras sufrir un accidente de tráfico a la altura del desvío de Épila, cuando volvía a casa a última hora de la tarde.

Lucas Pardo, el hermano de Gracia, era solo un niño por aquel entonces. Su padre fue el primer muerto del que tuvo conciencia, aunque lo hizo con un desconcierto inevitable, sin comprender el significado real de la muerte. Él creía que un cuerpo humano debía manifestar algún cambio sustancial al morir, como por ejemplo cambiar de tamaño o de color, quedarse calvo, perder los miembros o hacerse invisible. Tenía que ser así precisamente porque se había desligado del alma, que habría partido rumbo al cielo o al infierno, tal como

le habían enseñado en casa. Pero allí estaba el ataúd de su padre, con la tapa cerrada para no provocarle ningún trauma, conteniendo su cuerpo vestido con un traje azul marino y la corbata que su hermana y él le habían regalado por su último cumpleaños.

—¿Cuál es exactamente la diferencia morfológica o anatómica entre un cuerpo muerto y uno vivo? —se preguntaría años después, balanceándose de un lado a otro en la butaca, como solía hacer cuando algo lo inquietaba.

—Conozco el cuerpo de Gracia como si fuera un territorio cartografiado cuidadosamente desde un dron o un satélite de observación con intenciones geográficas. Podría tocarlo con los ojos cerrados y lo identificaría entre miles de cuerpos de mujer, incluso sin manos, tan solo olfateando su delicado aroma a *musk* con toques unas veces ácidos y otros amargos, dependiendo de la climatología, el momento del día y la época del año.

Así hablaba Tristán Llorente del cuerpo de su musa, con una mezcla de lirismo y delirio, sin olvidar un poco de pedantería.

—Si tuviera dotes artísticas, podría dibujar de memoria su silueta y todos los pliegues de su cuerpo, algunos tan delicados como los que separan sus nalgas de la cara posterior de los muslos o los que forman las corvas de sus rodillas, dos líneas que dividen la convexidad de sus muslos y sus pantorrillas. Conozco cada una de sus pecas, una mancha de nacimiento que tiene bajo el pecho izquierdo, la marca que le dejó una vacuna en el hombro derecho y una cicatriz con forma de segundo ombligo que tiene a la altura de la cadera,

causada por la picadura de un cisne airado, quien sabe si el mismo patito feo ya adulto.

Todas estas cuidadosas observaciones las hacía cuando Gracia se tumbaba en la cama para recibir sus masajes, mientras él recorría su cuerpo con las manos como si estuviera en un parque temático con varias atracciones.

—Unas más tranquilas para disfrutarlas poco a poco y otras tan fugaces que resultan vertiginosas.

La visión del cuerpo de Gracia Pardo desnudo o cubierto mínimamente con ropa interior convertía a Tristán Llorente en un poeta de lo evidente. La sangre se acumulaba en sus órganos de fonación para declamar lo que veía en forma de poema en prosa, glosando la concreción de un detalle corporal para terminar en la más abstracta de las comparaciones o la más delirante de las ocurrencias, como cuando decía que sus hombros tendrían que ser declarados bien de interés cultural o sus muslos monumentos arquitectónico-artísticos para garantizar su conservación y cuidado de por vida.

—Yo acompañaba a Gracia a comprar su ropa interior —declaró una vez con orgullo—, desde braguitas y sujetadores a camisones y batas, siempre con el consentimiento de su vanidad halagada.

A Tristán Llorente le gustaba entrar en las tiendas de lencería con ese aire cosmopolita que gastan los caballeros que compran prendas femeninas, posicionándose en las antípodas de cualquier clase de fetichismo, depravación o vocación de travestido. O eso era al menos lo que él creía. Más adelante le propuso a Gracia comprarlo todo por internet, tomándose su tiempo para elegir los tejidos y los colores, sin tener que disimular ni sobreactuar delante de nadie.

La madre de Gracia Pardo se llamaba Adela Redondo, pero todos la conocían como Deli. No siempre quiso ser peluquera, aunque desde niña supo que se inclinaría por una profesión que le permitiera trabajar de cara al público en un lugar que oliera bien. No tenía ninguna necesidad de pasarse el día en un taller oscuro, en una fábrica polvorienta o en una oficina que oliera a papel viejo o a humedad.

Esas certezas procedían de los años que pasó acompañando a su madre a hacer la compra en el mercado de la calle Delicias y los comercios aledaños. A Deli le agradaba el olor a vianda cruda de la carnicería, el aroma especiado de la charcutería o el dulzor de la panadería. También le atraían los olores fragantes de la droguería, la papelería y el estanco. Y qué decir de la perfumería, donde se mezclaban aromas florales, leñosos y cítricos con otros más industriales. Nada la relajaba tanto como sentir la fricción del peine en la cabeza después de lavarse el cabello, sobre todo si flotaba en el aire el aroma del champú, el suavizante o la laca. Siempre le sedujo el olor de los cosméticos y, según dijo alguna vez, prefería trabajar con las manos antes que con el cerebro, olvidando que las manos también se gobiernan desde el cerebro.

Se matriculó en una academia de peluquería que había en la avenida de Madrid y comenzó a hacer prácticas en un local del paseo de Calanda, que entonces todavía no era una ancha avenida, sino dos calles estrechas con casas pequeñas de una planta y gatos tumbados al sol. Allí terminó de aprender el oficio e hizo una buena y selecta clientela, compuesta no solo por vecinas del barrio, sino por otras procedentes de la calle Santander, la avenida de Valencia o la Romareda.

Deli conoció también a muchos hombres en la peluquería cuando esta se hizo unisex, lo cual es curioso porque *unisex* había sido siempre, y lo que verdaderamente sucedió cuando admitió a niños y caballeros es que la peluquería se hizo

bisex, pero así de travieso es el lenguaje, a veces inclusivo, a veces no.

El abuelo Cosme desarrolló un protocolo personal, a la vez cortés y resuelto, para tratar a los familiares de los fallecidos que enterraba. Era una suerte de gestos interpretados armoniosamente con cejas, ojos y manos, como quien dirige una orquesta sinfónica sin aspavientos ni estridencias, haciendo parecer que su cometido es prescindible.

—Hay que aprender el gesto de la media sonrisa —le decía a su hijo Matías, cuando este se interesó por el negocio familiar.

Y lo hacía estirando y apretando los labios mientras enarcaba las cejas y parpadeaba un par de veces para subrayar el alcance de su simpatía comprensiva delante de los clientes, como si un enterrador fuera una eminencia en asuntos relacionados con la muerte y el duelo.

—No olvides nunca que nuestros clientes no son los muertos, sino quienes los sobreviven.

Matías tomaba nota de todo con aparente naturalidad, quizá porque había pasado toda su infancia escuchando hablar de muertos, tanto en la funeraria como en casa.

—Hoy he arreglado a un señor con bigote —comentaba, por ejemplo, el abuelo Cosme en la cena—. No sabéis la cantidad de laca que he tenido que usar para dejarle los extremos en punta, como en la fotografía que me han traído sus hijos.

Aparte del boxeo y los toros, que eran sus dos grandes aficiones, Cosme Llorente solo sabía hablar de su oficio, haciéndolo además como si fuera un esteticista o un peluquero él

también. Nunca mencionaba anécdotas de la vida de los difuntos ni de los entierros o los velatorios. A él le gustaba hablar de su faceta artística, como alguna vez se atrevió a denominarla.

—Si el muerto tiene buena cara, se alivia un poco el duelo de los familiares —sostenía.

Y tenía razón, según pudo comprobar Matías más tarde al escuchar comentarios entre sus clientes sobre lo feliz y apaciblemente que se había ido quien fuera, casi con una sonrisa, sin dolor y sin sufrir, como un angelito.